

La Agroecología una opción de vida para las niñas de la organización OPNI.

*Cristhian Hernández Gamboa
IX semestre de ing. Agroecológica.*

Recibido el 24 de agosto de 2009. Aprobado el 19 de octubre de 2009

El propósito del presente artículo es compartir la experiencia que la Facultad de Ingeniería, específicamente el programa de Ingeniería en Agroecología ha llevado a cabo con la Organización Pro Niña Indefensa (OPNI) a partir del desarrollo de una huerta agroecológica y evidenciar el enorme potencial que tiene esta ciencia en la transformación y mejora personal, y de comunidades.

Desde hace 35 años la fundación OPNI ha venido adelantando un programa de protección con niñas en condición de vulnerabilidad y habitantes de la calle, brindándoles orientación en áreas de la sicología, pedagogía y formación de valores a partir de la convivencia dentro de un grupo social.



Figura 1. Entrada casa donde funciona la organización. Fuente: El autor

Según estimaciones del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, en Colombia hay cerca de 30.000 niños y/o adolescentes en la calle, el 37% de esa población estaría ubicada en Bogotá. Del mismo modo, cerca del 75% de los niños de la calle manifiestan haber sufrido maltrato en su familia y el 37% de ellos lo reconoce como principal factor de su situación, la evasión del hogar. A estas estadísticas se suman datos documentados del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia UNICEF más dramáticos, sobre niñez colombiana, según las cuales en el año 2000 se registraron 68.585 casos de violencia intra familiar, de los cuales 10.900 fueron por maltrato infantil, 43.210 por maltrato conyugal y los restantes involucraron a ambos; 365 niños de cada 1000 sufren algún tipo de maltrato y en promedio mueren 7 niños por homicidio diariamente.

En Agosto de 2007 se me informó de la posibilidad de realizar un trabajo de proyección social del programa en la fundación OPNI. Una de las sedes de esta organización se encuentra localizada en el municipio de Guasca, específicamente en la finca "El Rastrojo" la cual cuenta con una extensión de 3,5 has, y en la que hoy día conviven 50 niñas. El panorama que se encontró al momento de realizar un primer contacto, permitió identificar que el 100% de los productos de consumo alimenticio son adquiridos en supermercados y almacenes de cadena, es decir, no se ha establecido ningún programa de seguridad alimentaria para la población residente en la finca de la organización OPNI. Por lo anterior, y de común acuerdo con las directivas de OPNI, se decidió iniciar un programa de seguridad alimentaria basado en el establecimiento de una huerta Agroecológica, con el fin, no sólo de producir hortalizas y frutas, sino de convertir a la misma, en un espacio de interacción social para las niñas que permitiera la reconstrucción de valores como la responsabilidad, la confianza, la conciencia ambiental, la solidaridad, el sentido de pertenencia, y la autoestima, entre otros. Partiendo de entender que la Agroecología es por sí misma una ciencia social que se fundamenta en el bienestar personal y ambiental.



Figura 2. Lote de los predios de la organización, empezando el proceso. Fuente: El autor

El proceso en OPNI da inicio con las reuniones realizadas con las directivas de la organización donde se establecieron los horarios de visita y las actividades a ejecutar.

Al momento en que todo estuvo listo para viajar hacia la finca de OPNI, me asaltó una gran duda puesto que no sabía si a alguna de estas niñas le hallaría interés la labor de cultivar, si alguna de ellas tuviese afinidad por el campo; ya que resulta comprensible que si toda la vida se ha estado en la ciudad y además se carga con una cantidad de dificultades e injusticias, difícilmente sentiría gusto por preparar un terreno, sembrar plantas, cuidarlas, regarlas, entre otras actividades. ¿Cómo hacer para crear interés en las niñas y lograr crear un grupo?.

Una vez arribé a la Finca, fui recibido por don Carlos o don ¡Charli! como popularmente lo llaman las niñas, quien es el encargado del jardín y áreas verdes de la institución. Caminamos unos metros y encontré a muchas niñas vestidas de sudadera y con los distintivos de OPNI, algunas estaban escuchando música, otras cantaban, otras bailaban o simplemente conversaban con otras niñas. Me detuve un momento y de repente se acerca una niña muy particular, de inmediato reconocí que sufría de retraso mental, y me dice "¡hola mito! ¡¿Cómo está?! (¿mito? Me pregunte, ¿qué será eso?), ¡bien, muy bien! le contesté, "¡me llamo Michel!", me dice con voz lenta y dificultosa; ¡Tienes unos ojos muy lindos!, y ... y yo sé hacer poemas, ¿le gustan los poemas?... Me pregunta y yo le respondo ¡claro que sí!, ¡entonces te voy a componer uno!, de pronto sacó de su bolsillo un papel arrugado y un color rojo y empezó a escribir; ¡listo!, me dice, ¡ya lo terminé!, se lo voy a leer:

"tus ojos son dos luceros que brillan al mirar, al verte mi corazón palpité, y desde ya te quiere conquistar!"

Sin más reparos abrió sus brazos y me quería abrazar, yo me encontraba muy emocionado, pues no me esperaba tan lindo y especial recibimiento, mucho más... que viniera de esta niña en particular. De repente, una voz a lo lejos, ¡Michell!, y rápidamente una de las niñas se acerca, la toma de los brazos y la retira, susurrándome al oído: "¡cuidado Mito, porque es experta en esculcar los bolsillos y sacar billeteras!, me quedé mudo.

Al instante salió la Coordinadora del Centro que me invitó a seguir y allí me presentó al equipo de trabajo, al Pedagogo reeducador, la Trabajadora Social, la Nutricionista, el Terapeuta Ocupacional, los Educadores, y demás personal. Posteriormente me

contextualizaron sobre las diferentes problemáticas (maltrato infantil, robo, prostitución, violencia intrafamiliar, etc.) de las niñas y como esto afectaba su estado emocional.

Con curiosidad le pregunté qué significaba “Mito” y me dijo que era una expresión de cariño que allí se usa y que significa “papito”, y que a ellas las llaman mita, o sea, “mamita”. En un momento pensé en toda la información que de golpe rondaba mi mente y descubrí que mi duda seguía latente, pues no sabía de qué forma podría impactar en las niñas y poder convencerlas para que hicieran parte del taller de huerta, pues al escuchar de parte de los educadores las problemáticas de las niñas, me sentí muy afortunado de tener una familia y de recibir afecto y cariño de parte de mis padres. Resulta increíble que personitas con escasos 10 años de vida lleven en su corazón tanto dolor y hayan experimentado tanto sufrimiento. Me di cuenta que el reto era grande y entonces me propuse hacer del taller de huerta una experiencia agradable y constructiva para todo el que en él estuviera.

Reunieron a las niñas, me presentaron y me cedieron la palabra; ¡Buenas tardes! (me temblaban las piernas), pregunté: ¿a quienes les gusta las arvejas?, ¿o las papas criollas?, ¿o la ensalada, o las frutas?, por supuesto todas alzaron la mano, a lo que cuestioné: y ¿saben cómo se cultivan?, ¿Conocen la planta de papa o de arveja?, ¿les gustaría aprender a cultivarlas?. A lo que en respuesta a la última pregunta nadie levantó la mano; porque he venido a eso, a cultivar plantas y quisiera saber a quienes les interesaría acompañarme, aprenderemos como se prepara el suelo, como sembrar, y luego ver como la semilla se transforma en una planta, como cuidarla hasta que ella nos regale sus frutos, además, siempre estaremos al aire libre, caminando, hablando, entonces ¿quiénes me apoyan?, y nuevamente un silencio eterno. De repente una de las niñas levanta la mano y dice:

“¡ahhh! Yo quiero ayudarle mito, a mí me gusta, además yo sembraba lechugas cuando estuve en mi colegio”

Tras ella, cuatro niñas más levantaron la mano. Al finalizar la reunión me quedé únicamente con las cinco niñas. Les propuse caminar un poco, que nos conociéramos, me dieran sus nombres y me enseñaran la finca.

Ver imagen en la siguiente columna



Figura 3. Reunión de las niñas con algunos directivos del centro. Fuente: El autor

En el transcurso de las dos semanas siguientes se logró organizar el área de producción de abonos orgánicos, les indiqué como separar los residuos generados en la cocina y usarlos para elaborar el abono y se iniciaron las labores de preparación de terreno para cultivar arveja. Preparar terreno no es una labor fácil puesto que requiere de un gran esfuerzo físico para remover suelo, quitar hierbas, armar surcos, aplicar correctivos, etc. Me preocupe un poco pues mi equipo de trabajo eran niñas, por lo que sentía cierto temor ya que esta labor fuerte podría hacerlas desertar del taller. Iniciamos trabajos y estaban muy motivadas, a pesar que las otras niñas les gritaran “¡iobreras, campesinas, boyácas!”, al parecer esto no las afectó; por el contrario, posiblemente querían demostrar fortaleza, la que se traducía en la rapidez con que hacían el trabajo. La jornada se concluía con un partido de micro-fútbol y de esta manera lograba integrarme más al grupo.

Le comenté a la Psicóloga que me había sorprendido que las niñas hubieran realizado un trabajo fuerte como lo es preparar terreno sin quejarse o retirarse del taller. Ella me manifestó que uno de los tantos conflictos emocionales que enfrentan las niñas son las confusiones de género, o identidad sexual, y que por esta razón algunas adoptan un perfil masculino, entonces se cortan el cabello, y se comportan como hombres, por eso en la huerta varias de estas niñas disfrutaban del trabajo fuerte pues de esta manera manifiestan una condición varonil hacia las otras niñas. Un mes después de iniciar los trabajos, se empezaron a ver los frutos del esfuerzo, pues a mi llegada a la institución las cinco niñas me estaban esperando en la puerta y desde lejos me gritaron:

“¡Mito, Mito!, ya están naciendo las arvejas y las papas!, Ya se ven, ya se ven!, ¡Uyy!... Que bien, vamos a mirarlás, les dije.

Me conmoví mucho, pues era tal la emoción de estas niñas, que me tomaron de la mano y nos fuimos

corriendo... estaban felices puesto que se veía el surco de plantas de arveja, entonces les comenté que la naturaleza respondía de acuerdo al trato que le diéramos, y que esta era la respuesta al esfuerzo de preparar el terreno, al cuidado que habíamos dado a la semilla durante y después de sembrarla, y que ahora más que nunca estas plantas necesitaban de nuestra ayuda para que crecieran, y pudieran dar fruto. Les propuse que esas plantitas a partir de este momento serían como nuestros hijos, y que debíamos cuidarlas y ellas aceptaron ser sus protectoras.

El hecho de apreciar que en la huerta ya se veían los primeros surcos, atrajo la atención de otras niñas que por curiosidad ingresaron al taller de huerta. Sin embargo, también otras niñas llegaron al taller a modo de castigo por alguna falta cometida, claro, es de suponer que estas niñas eran forzadas a estar allí, y a mí me veían como el verdugo que le cobraría por su falta. Los primeros minutos eran muy fuertes e incómodos pues había rabia, y tristeza, y arremetían con insultos en contra de sus compañeras pues sentían que eran motivo de burla para las demás. Pasaban los minutos y volvía la calma, entonces las invitaba a que me ayudaran a regar, o a quitar hierbas, y mientras lo hacían les preguntaba del por qué las habían castigado, y junto con las demás compañeras les contaba de las cosas que se hacían en la huerta. Al principio se notaba la incomodidad por las labores que estaban haciendo, no era agradable estar allí, pero a medida que se hacían las labores les explicaba por qué era importante quitar las hierbas, o aplicar riego o fertilizar, esa incomodidad, y rabia se disipaba, pero lo más gratificante era ver como al finalizar la tarde eran ellas mismas las que pedían quedarse más tiempo en la huerta porque no habían terminado la tarea de limpiar o regar. La verdad, era increíble ver como estas niñas que al principio renegaban por estar allí eran quienes más tarde solicitaban continuar y mejor aún, preguntaban si podrían seguir asistiendo continuamente, claro que sí, era la respuesta. De este modo hacia la 7 semana de trabajo, el grupo se había incrementado de las cinco niñas iniciales y para entonces contaba con nueve.



Figura 4. Preparando el suelo. Fuente: El autor

Mientras se realizaban las labores de campo aprovechaba para hablarles de las plantas, de las partes que la conforman, las hojas, el tallo, las flores, las raíces, y entre todos jugamos a encontrar varias formas distintas de hojas y flores. Cuando se preparaba el terreno para la siembra conocieron las capas que conforman el suelo y los seres vivos que allí habitan, hasta hicimos un concurso de encontrar animalitos en el suelo. Una vez al mes salíamos fuera de la institución a recolectar estiércol de vacas y caballos que junto a los residuos de la cocina usamos para elaborar abono orgánico y mientras hacíamos esto les hablaba de la forma cómo se alimentaban las plantas y la importancia del abono para que las plantas crecieran y produjeran una buena cosecha. Durante los recorridos fuera de la institución recolectábamos basura que estuviera tirada en el camino y les hablé de la importancia del reciclaje y que debíamos cuidar los árboles y ahorrar agua. Este tipo de enseñanza les agradaba mucho pues ellas podían ver, tocar y sentir el conocimiento, y de esta forma el aprendizaje era más placentero.

El 2008 finalizó con un grupo conformado por 9 niñas, con un lote cultivado de papas criollas, arveja y hortalizas y ante todo con un colectivo sólido y comprometido con el mantenimiento de los cultivos.



Figura 5. Cultivos finalizados al 2008. Fuente: El autor

Llega el 2009 y una vez más, con mucho agrado viajo para retomar las actividades en OPNI y continuar con el proceso, y esto implicaba, nuevamente realizar convocatoria y rearmar el equipo de trabajo puesto que habían niñas que no se encontraban en la institución por haber cumplido su mayoría de edad, otras se encontraban en el colegio retomando estudios de primaria o de bachillerato, y otras ya habían retornado a sus hogares. Entonces, tomo como base las niñas que continuaban del proceso del año anterior y conformo el equipo de alumnas con las que inicio un nuevo proceso de formación basándome en el trabajo realizado en el periodo anterior.

Ha transcurrido un año desde que se inició el proceso en esta institución y quiero destacar los resultados que se han logrado hasta el momento, los voy a agrupar en resultados desde lo social y lo productivo.

Social:

El paisaje del centro se transformó, haciéndolo atractivo y diverso.

Hasta la fecha han participado 25 niñas del taller de huerta agroecológica entre los 10 y 17 años de Edad.

Una de las niñas participante desde el 2008 en el taller de huertas, al cumplir su mayoría de edad, culminó su ciclo de formación en la institución y tomó como opción de vida ingresar a una empresa agrícola productora de fresas y flores de la región encontrando en esta actividad una manera digna de vivir, convirtiéndose en ejemplo para las demás niñas del centro, ya que muchas de ellas al no contar con mas alternativas regresan a la Ciudad, a su entorno familiar y social, el cual no siempre resulta ser el mejor haciendo que el proceso de inserción social resulte complejo.

Dos niñas que también hicieron parte del taller de huerta 2008 se encuentran asistiendo a un curso técnico de agro ecoturismo liderado por el SENA en el municipio de la Calera.

Desde la Agroecología se ha contribuido a la construcción de valores como:

Conciencia ambiental: A partir de temáticas como la importancia de reciclar, el cuidado del agua, importancia del suelo y de los organismos que allí habitan.

Responsabilidad: Desde la preparación del suelo y siembra, las niñas adoptan una actitud de compromiso frente a las plantas brindando los cuidados necesarios para su desarrollo como riego, podas, nutrición, aporques, deshierbes, sanidad, etc.

Solidaridad y trabajo en equipo: El trabajo en grupo crea lazos de amistad y de apoyo entre las participantes de los talleres para cumplir con las actividades propuestas.

Autoestima: Al ver los frutos de su trabajo las niñas experimentan sentimientos de satisfacción por la respuesta que obtienen de las plantas al haberlas sembrado, fertilizado, aporcado, etc. Reflejando estos sentimientos en la alegría de hacer parte del grupo de huertas.

La huerta se convirtió en una vitrina para mostrar su trabajo, reconocerse así mismas capaces y poderlo demostrar a sus familiares, pues durante

las visitas de sus padres ellas realizan un recorrido por los cultivos y les comparten el trabajo que allí realizan, los conocimientos aprendidos y los resultados obtenidos

Alegría: El taller de huerta brinda un espacio donde las niñas hacen a un lado las problemáticas sociales que rodean sus vidas y se concentran en actividades agradables que despiertan muchas sonrisas y alegrías.

Lo Productivo:

Se ha logrado habilitar un área de 2120 m² para la producción de cultivos orgánicos como arveja, papa criolla y hortalizas que actualmente son consumidos en la institución, contribuyendo en parte con la seguridad alimentaria de las niñas, se logró integrar al proceso productivo el manejo adecuado de los residuos orgánicos generados en la cocina como insumo para la preparación de abono orgánico.

Sin lugar a dudas la experiencia de la huerta agroecológica en OPNI confirma que la Agroecología es mas que una ciencia de producción agropecuaria amigable con el ambiente, ante todo es un estilo de vida que transforma, capaz de dar sentido a nuestras vidas, generando expectativas de mejora y de impulsarla hacia horizontes llenos de satisfacciones personales y de reconocimiento.



Figura 6. Uno de los cultivos que se tienen actualmente. Fuente: El autor

Aprovecho para invitar a los diferentes programas académicos del sistema UNIMINUTO, a que fortalezcamos y apoyemos la labor que OPNI realiza en pro del mejoramiento de la calidad de vida de la población infantil, y que en el futuro cercano no solo Agroecología, sino Trabajo Social, Administración, Comunicación Social, y demás programas académicos se integren a proceso y todos juntos aportemos a la protección de la población infantil vulnerable, contribuyendo a la construcción de una sociedad mas justa y alegre, objetivo final de la Organización Minuto de Dios.